

vantó del asiento y le reconvino, diciéndole: —¿Qué, ha pensado usted que no tiene mujer ó cree que estoy pintada ó soy alguna sirvienta de su casa? ¿No es una picardía, no es una desvergüenza intolerable ver que me esté muriendo por esa maldita muchacha, y ni siquiera le merezca al señorito la más mínima señal de atención? ¡Ya se ve! yo nací para infeliz, y...

Aquí comenzó á llorar amargamente. Las parientas y amigas la consolaban con mil caricias, y el bueno del caballero Langaruto, atónito con el resoplido que acababa de escuchar, trató de satisfacer á madama del mejor modo, y cuando supo que la causa de la mohina había sido haber encontrado á Pomposita chupando un cigarro, quisiera descargar su furia sobre la pobre criatura, para hacer ver que sentía el mal de Eufrosina, y que lo sabía vengar bien; mas el coronel contuvo su fuerza, deteniéndolo y prorrumpiendo con la mayor energía en estas expresiones:—¿Qué es esto? ¿Están ustedes infatuados ó adolecen de una violenta fiebre? Por un cigarro... ¡Voto á mis pecados! ¿Por un cigarro han sido tantas alharacas? Vamos, que esto no se puede creer entre personas de juicio y experiencia.

—No por un cigarro, dijo á ese instante doña Eufrosina, sino por el atrevimiento de la persona que chupa ese cigarro. ¿Quién le ha dicho á esta mocosa malcriada que se ha de poner á chupar á escondidas más? No fal-

taba más sino que la niña de siete á ocho años, que aún no sale del cascarón, ya quiera andar con el cigarrito en la boca todo el día. Noramala para ella; así la vuelva yo á ver otra vez, que le aseguro que ha de ir á *pepenar* los dientes á la calle.

—Tienes mucha razón, mi alma, decía la tía vieja, tienes mucha razón; yo quiero á Pomposita como si la hubiera parido; ¡ya se ve! tiene mi misma sangre al fin, y más vale gota que libra; pero la verdad, yo no voy fuera de la razón; es mucha picardía que las niñas chupen. ¡Ya se ve! tales están las cosas en estos tiempos, que ya los mocosos les piden la lumbre á los viejos. Todo está malo, todo está perdido; á fe que en mi tiempo, ¿cuándo, cuándo una niña había de tener la avilantez de chupar delante de los grandes? ¿Qué digo? ni aun á escondidas. Muy buen cuidado tenían las madres de registrarles los dedos á sus hijas para ver si chupaban, y pobre de la que los tenía amarillos, ya se podía componer; porque después de que la castigaban muy bien, le quemaban la boca con un huevo caliente; pero ahora ya chupan todas las niñas y nos echan el humo en la cara. Haces muy bien, Eufrosina, haces muy bien de castigar á tu hija; no, no le dejes pasar estas perradas.

—No hace muy bien de castigarle este defecto leve, si lo es, y mucho menos con tanta crueldad como ahora, dijo el coronel; yo no me quisiera meter en esto, porque

cada uno manda en su casa; pero me ha escandalizado ver castigar tan cruelmente á mi sobrina por una culpa, que si lo es, mi hermana y mi hermano se la han enseñado.

—¿Cómo nosotros? decía Eufrosina.—Así como lo oye usted, hermana, respondió el coronel. Si esa niña jamás hubiera visto chupar á usted, ni á su papá, ni á mí, ni á ninguna persona grande, seguro está que lo hiciera; pero ve que todos lo hacen, que no se hallan sin el cigarro, que es una especie de atención y obsequio el darse cigarro; que apenas entra una visita luego se pide el braserito de la lumbre, y por último, ve que todos chupan, y que aún alaban el chupar, diciendo que el cigarro es un buen amigo, que en los gustos alegra y en las tristezas consuela. ¿Qué concepto ha de formar de este vicio cualquiera niña que ve y oye todo esto? El más favorable, el más lisonjero, sin duda alguna, y á consecuencia ha de desear experimentar por sí misma las dulzuras que oye decir se hallan en él, y luego que tenga ocasión ha de poner en práctica su deseo, como lo ha hecho Pomposita.

Yo no diré que es bueno que los niños aprendan á chupar desde muy temprano, ni menos que se les permita hacerlo delante de sus mayores, pues conozco la fuerza de la preocupación; pero no me detendré en decir que cuando lo hagan poco se pierde, y que éste no es un

pecado casero que merezca una dura penitencia. Por mí, aseguro á ustedes, que si mañana advierto que mi hija se inclina al cigarro, lo veré con la mayor indiferencia, y no sólo no la castigaré, sino que tendré cuidado de que no le falten, para que cuando grande no solicite tal vez quién se los dé, ni busque la soledad ni la compañía de las criadas, siempre perniciosas, por no poder chupar delante de sus padres.

—¡Bravo! ¡bravo! dijo riéndose don Dionisio; usted, hermano, ha hecho grandemente la defensa de mi hija. Déjala, Eufrosina, ¿qué importa que no chupe ahora, si mañana, como dice tu tía, te echará el humo en los ojos? Yo voy con la opinión de mi hermano.

—Yo no, dijo Eufrosina, encendidas en cólera las mejillas; caro le ha de costar á la mocosa tamaña picardía. Le arrancara la lengua, le sacara los dientes y le quemara la boca si tuviera el grandísimo atrevimiento de chupar un cigarro en mi presencia.

—Vaya, hermana, no se acalore usted, decía el coronel; advierta usted que el chupar es en sí indiferente y nosotros lo defendemos como bueno, algunas veces como útil á la salud, y nunca lo tenemos como un delito. ¿Por qué, pues, lo que para nosotros es bueno, útil y honesto, en las criaturas lo hemos de condenar como un crimen? Si Pomposita se hubiera inclinado á tomar polvos, usted no se enojara, y aun le abonaría por

gracia que sacara la cajilla del tabaco en su presencia. ¿Pues por qué ha de ser lícito al muchacho tomar tabaco por las narices y no le ha de ser permitido el usarlo por la boca? Y esté usted segura de que si hubiera visto más polvistas que chupadores, se habría dedicado á tomar polvos antes que á chupar; pero ha visto lo contrario, y así ha seguido lo que ha visto más practicado.

—Sea lo que fuere, decía Eufrosina, así me criaron mis padres y así he de criar yo á mi hija, y caiga quien cayere.

—Pero, hermana, ¿siempre y en todo hemos de ir con lo que nos enseñaron los antiguos? ¿Nunca nos hemos de apartar de sus caprichos, aunque se nos pruebe que lo son? A la verdad, ese es mucho servilismo, y la autoridad de nuestros mayores debe ser respetada, mientras la razón y la experiencia no nos manifiesten su extravío.

Yo quisiera que Pomposita hiciera á usted este argumento á ver qué le respondía:—«Mamá, usted me debe enseñar siempre lo bueno y me debe dar buen ejemplo. Ahora bien; ó el chupar es bueno ó malo. Si es bueno, ¿por qué me lo priva? y si es malo, ¿por qué lo hace en mi presencia?»—Vaya, hermana, ¿qué respondería usted á este apretoncillo?

—Le plantara un buen par de bofetadas y le qui-

taría las ganas de ponerse á dimes y diretes con su madre.

—Esa es una respuesta muy eficaz para imponerle silencio, decía don Rodrigo, pero no para convencerla. Hay muchos superiores que tienen á mano este fácil expediente para hacerse obedecer de sus inferiores, aun en lo injusto; pero éste se llama despotismo, el que jamás es lícito ni á los padres, ni á los maridos, ni á los amos, ni á ninguna clase de superiores, pues con tan indigno modo se hacen temibles, pero jamás amables. Sus órdenes injustas se obedecen con la misma gana que la mula estira el coche, y en cuanto pueden, los inferiores las eluden con desprecio.

Los reyes y los gobiernos ilustrados como el nuestro nos hacen ver que el superior jamás se degrada cuando satisface al súbdito con razón. ¿Quién mejor que los reyes y sus vicerregentes pudieran mandar cualquiera cosa, sin tener que decir más que *hágase esto porque yo lo mando?* Pues ya usted habrá leído muchas reales órdenes en las Gacetas, y habrá advertido que dice el rey: «Habiéndome representado el mi Consejo esto ó aquello, y atendiendo á la utilidad de mis vasallos, etc., etc., he venido en mandar esto ó lo otro.» Así también ha leído los bandos publicados en esta capital, y ha visto que en unos se da razón de que lo que se manda es por orden del soberano, y en otros, que se determina una

providencia para conservar la tranquilidad y buen orden, para subvenir á las urgencias del Estado ó para los fines que se expresan; pero nunca habrá usted visto una real orden ó una superior determinación, que, como se dice, á raja tabla y sin ningún prelude, diga: *mando esto, mando lo otro*, sin dar razón al público de por qué se manda.

Esto prueba lo que ya dije, que estas racionales satisfacciones jamás degradan al superior, y que el no darlas, cuando conviene, es un grosero despotismo. Porque sí ó porque no son razones de caboescuadra. Decir *haz esto porque quiero*, aunque el otro conozca la injusticia de lo mandado, es una tiranía insufrible, pero muy antigua en el mundo. Juvenal nos refiere de aquella mujer que pedía á su marido que crucificara á un criado inocente, sin más razón que su voluntad. Esto no es tolerable, y menos entre cristianos.

Oiga usted una decimita que en cierta vez escribí al mismo asunto:

Un señor una ocasión
A un criado suyo reñía,
Y si éste le respondía,
Le decía el amo: chitón,
Chitón, ó de un mojicón
Te dejaré sin sentido.
Callaba el criado aturdido
Sobrándole qué decir;
Porque este modo de argüir
¿A quién no deja concluído?

A todos seguramente; y así ya usted verá que las bofetadas lastiman, pero no convencen, y que no le es á usted lícito usar semejantes soluciones con su niña.

—Pues por último, hermano, dejemos esto, contestó Eufrosina; cada cual tiene su modo de matar pulgas. Yo así quiero criar á mi hija; usted críe á la suya como quiera, que seguro está que yo me meta con usted, así como no me metí el otro día que la regañó tanto, sólo porque le dió un palo al gato; y en verdad que eso era una niñería que no merecía la pena.

—Usted dice muy bien, hermana; me ha convencido usted, soy un entremetido; ya no volveré á hablar en la materia. ¡Sobre que cada cual tiene su modo de matar pulgas!

Pero vea usted. Cuando reprendí á Pudenciana, porque le dió un palo al gato, no la lastimé, sino que la hice ver que hacía mal, pues el gato no le hacía daño. Le enseñé que debemos tratar á los animales con lástima, porque son criaturas de Dios, y le advertí que quien no tiene piedad con los brutos, quien se complace en maltratarlos, sólo por ser brutos, está muy cerca de ser un opresor de los hombres, siempre que pueda valerse de su debilidad. Por esto la reprendí, y esto le enseñé. Usted dirá si tuve razón y si me manejé con tal cual prudencia.